

Se alzó, presa de impúdicos ardores...
Un grito de pasión ciega y rabiosa
despertó á los chacales del desierto;

y á la luz de la luna, unos pastores
en los marmoreos brazos de la Diosa
al santo cenobita hallaron muerto.

RIMAS DEL AMOR Y DE LA SOLEDAD

PARA JULIO FLÓREZ

I

¿Qué te dijo la música perdida
en las fragantes ráfagas del viento,
al extender los pliegues de la túnica
y agitar la ilusión de tus cabellos?

¿Qué labio ardiente te apagó la lámpara,
y en la ansiedad suprema del silencio
rasgó la frágil seda del corpiño
para aspirar las rosas de tu seno?

Y las sedosas manos de qué sombra,
resbalando entre encajes y entre velos,
se quedaron de amor estenuadas
al cálido contacto de tu cuerpo?

Pálidas y sin sangre las mejillas,
yaces como una muerta sobre el lecho.

Y mientras canta el ruiseñor, y tiembla
en el balcón la escala de Romeo,
la blanca luna, atravesando encajes,
empolva con su plata tus cabellos.

II

La noche me envolvió como un perfume;
y en el silencio tus pisadas eran
un lento resbalar de terciopelos
sobre una frágil ilusión de seda.

Tembló tu corazón bajo mi mano
con timideces de paloma presa,
y aspiré en el aliento de tu boca
todo el perfume de la primavera.

Tus rizos me envolvieron! Y entre el vago
olor á musgo de tu cabellera,
suspirante absorví como un veneno
el acre aroma de tu carne enferma.

III

Temblabas de inquietud! Nocturnas brisas
agitando los leves cortinajes,
entre aromas campestres, nos trajeron
ecos de melancólicos cantares.

La frágil flor de luz de nuestra lámpara
deshojó sus fulgencias en el aire,
y la noche plegóse como un vuelo
á las vivas turgencias de tu carne.

Bajo el tul invisible de la sombra
tuvo tu cuerpo tibias suavidades
de musgo bajo el sol, y hasta el salobre
sabor de las espumas de los mares.

IV

Música de claros surtidores
¿qué dices á los verdes arrayanes
que tiemblan al oírte y palidecen
cual si fueran de pronto á desmayarse?

Música de los claros surtidores
¿qué caricias derrama en el aire
que al sonoro llover de tus estrellas
se estremecen las ramas de los árboles

y el ruiseñor se calla, y lentamente
deshojan su perfume los rosales?

¡Oh, mi tímido amor sin esperanza,
que ni de dichas ni de besos sabes
porque los labios que besar soñabas
ya jamás se han de abrir para besarte...

Son mis versos como esos surtidores
que en el silencio de la noche abren
en la paz del jardín, bajo la luna,
sus claros abanicos de diamantes!

V

Alma vigila tu secreto. Espera
el paso fugitivo de esa sombra
que hará en tus viejos parques otoñales
resucitar las agostadas rosas.

Espera el oro de esas frescas voces
que harán abrirse y florecer la fosas,
mientras triunfales las campanas viejas
de tu Pasión repicarán á Gloria...

¡Milagros de un amor eterno y santo
tras las miserias de esta vida sórdida!

Mesón donde el perdido caminante
cansado del camino y de la torva
pesadumbre infinita de los días,
cierra los ojos tristes, y reposa
soñando eternas dichas, en los brazos
de silencio y de paz de alguna sombra.

VI

Las lágrimas sonoras de una copla
con el perfume de la noche, entran
por mi balcón, y todo cuanto duerme
en mi callado corazón despierta

«¡Amor! ¡amor! ¡amor! Sangre de celos»
gime la triste copla callejera:
blanca paloma herida que sangrando
á refugiarse á mis recuerdos llega.

¿Ya no recuerdas aquel rostro pálido,
las pupilas tan grandes y tan negras
que te hicieron odiar al amor mismo
y maldecir la vida y la belleza,
y amar al crimen y gustar la sangre
que tibia mana de la herida fresca?

Duerme ya, corazón... Se va la música
aullando de pasión por la calleja.

Y en la paz de la noche solo late
el tiempo en el reló que, lento, cuenta
las venturas perdidas para siempre
y los dolores que sufrir te quedan.

«¡Amor, amor, amor!» ¡Que nadie bese
lo que ni en sueños mi esperanza besa!

¡Antes que en brazos de otro amor prefiero
entre mis brazos contemplarte muerta!

VII

La leve sombra de un recuerdo avanza
sin romper los cristales del silencio,
y se inclina á mi oído y en él vierte
algo que es solamente como un eco
de palabras ahogadas en la brisa
y músicas perdidas en el viento.

Y á su tacto, de súbito, se rasgan
las telarañas de la sombra, y siento

su carne palpitar entre mis brazos
y colgarse sus manos de mi cuello.

¿Quién eres? ¿Dónde estás? En mis pupilas
sólo la vaga sensación conservo
de unos labios muy rojos y muy tibios,
y unos ojos muy grandes y muy negros
que brillan en un rostro exangüe y pálido
bajo la tempestad de los cabellos...

Abro los ojos á la luz, y miro
algo como la sombra de un aliento
que humea en el ambiente, y se disipa
empañando el cristal de los espejos:

VIII

Abrí las manos sobre el surco estéril
y el trigo cayó en él. Se hizo el milagro;
surgieron y granaron las espigas,
y las hambres de todos se saciaron.

De la roca brotó la clara fuente
al golpe de mi vara,
y los labios de todos los sedientos
su sed calmaron en las frescas aguas.

¡Oh, mi insaciada eterna! Oh, tú, la Unica!
¿por qué tan tarde á mis riberas vienes?
Mi corazón es un estéril páramo...
Mi pobre alma es una seca fuente!

IX

Una profunda indecisión agita
la túnica sangrienta de mi alma.
He perdido el camino de la vida.

El Bien y el Mal me cansan,
y solo sigo el ritmo que en mis venas
las turbulencias de la sangre marcan.

No me esclaviza ni el poder ni el oro,
porque ni glorias ni riquezas sacian.

este ardor insaciable de mi cuerpo
y esta sed infinita de mi alma.

¡Amor! Hubo un instante en que á la sombra
de las verdes palmeras de Samaria,
mis labios melancólicos saciaron
su ardor en la frescura de tus aguas.

Mas la sed de mi espíritu no ha hallado
en la ardiente aridez de su jornada,
bajo la sombra de las tres palmeras,
el ánfora de la Samaritana...

Sed de inmortalidad, sed de infinito
¿en qué labios en flor podré apagarla
si de amarse las almas se fatigan
y hasta los labios de besar se cansan?

Por eso voy vagando por la vida,
fugaz como la sombra de un fantasma,
sin pensar en qué fuente ni en qué árbol
frescura y paz encontraré mañana.

X

¿Qué fuistes en su vida sino un viejo
y enfermo peregrino, que, por lástima
á su edad y á lo largo del camino,
por una noche te ofreció posada?

¿No notas que la sombra de tus penas
se proyecta en la vida de la casa,
que los niños no juegan, ni la abuela
hila su cofia, ni el canario canta,

y los perros aullan cuando entras
como al paso invisible de un fantasma?

Ella dejó de hilar su blanco velo,
temiendo que á la luz de tu mirada
el símbolo más puro de sus nupcias
sirviera á sus ensueños de mortaja.

Sigue tu eterna ruta, peregrino...
Empuña tu bordón y dá las gracias...
Tu amor será como esas campanillas
azules que festonan su ventana...
Vivirá en la penumbra de una noche
para morir al sol de la mañana.

XI

Me incliné en el silencio de la noche
con el oído en tierra, por si oía
sobre la paz obscura del camino
los pasos fugitivos de la Vida.

Eran los cielos cual brillante esmalte
de azul, lleno de estrellas esculpidas,
y en la pétrea extensión de la espesura
la plata de las aguas no corría.

La mano coloqué sobre mi pecho,
y ni mi propio corazón latía...

Quise gritar y no encontré palabras;
intenté huir, pero la planta asida
permaneció en el suelo, y sentí entonces
lo que debe sentir la estatua viva
que en un gesto de mármol alza al cielo
la eterna ceguera de sus pupilas.

RECORDANDO...

PARA RAFAEL CANSINOS ASSENS

I

NOSTALGIA DE BRUMAS.

Bajo los cegadores cielos de Andalucía
turba sus claros ojos una tristeza gris:
nostalgias y saudades de la melancolía
brumosa y apagada del cielo de París.

Probó la embriaguez lúbrica de los vinos de oro,
enloqueció de amores en la florida reja,
y en fiestas de oro y sangre vió revolver al toro
oscuro entre los pliegues de la capa bermeja.

Y entre senos de bronce y brazos asfixiantes,
sobre ojos que brillaban como negros diamantes,
evocó de otros ojos la celeste ilusión.

Y mirando del Betis la corriente serena,
recordó con tristeza la turbia agua del Sena
donde flotó el cadáver de la rubia Mignon.

II

PARAFRASIS.

De codos en la mesa, la mejilla
apoyada en el dorso de la mano,
vuelvo á sentir como una pesadilla
la calentura de tu amor lejano.

Mis ojos no te ven, pero te siento
avivar el sopor en que me postro,
y estás tan cerca que me abrasa el rostro
el cálido perfume de tu aliento.

«¡La boca mi bacío tutta tremantel»
Sobre las vivas páginas del Dante,
ciegos á nuestro instinto, nos besamos.

Vimos una mirada de agonía...
El libro, melancólicos cerramos...
¡Y no leímos más desde aquel día!

III

LEYENDO ROLLA.

En el reposo de esta alcoba, en esta
paz de damascos y de bronces viejos,
el hálito calino de la fiesta
aún empaña el cristal de los espejos.

Sobre el lecho, la piel de una pantera
parece revivir á la luz cruda,
cual si temblar sobre su piel sintiera
la calidez de una mujer desnuda.

Con temblores de sedas femeninas
palpitan en el aire las cortinas,
mientras en el balcón aspira Rolla

el último rosal de la floresta...
Siempre en los triunfos de la carne en fiesta,
¡alma, con tu dolor te quedas sola!

IV

MIENTRAS CAE LA LLUVIA.

Del alma se apodera y la ensombrece
este gris de la lluvia vespertina.
Se esfuman los contornos, y parece
que hasta la carne es hecha de neblina.

Deshilachado flota el pensamiento.
El labio apenas si un recuerdo nombra,
y cuerpo y alma disolverse siento
en la humedad salobre de la sombra.

No sé ni respirar. En torno mío
gira la torva angustia del vacío.
Abro los ojos, y una luz celeste

—la de tus ojos—el jardín reviste...
Si el duro sueño de la muerte existe
debe ser un ensueño como este!

EN EL HARÉM.

PARA FELIPE SASSONE